

Hervé Alústiza

**EL VUELO DEL
MOSCARDRÓN**

© 2020, Hervé Alústiza © 2020, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Septiembre de 2020

Segunda edición: Mayo de 2024

ISBN: 978-84-121496-3-0

Depósito Legal: M-25412-2020

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mi hijo Giuseppe y a la madre que me lo dio a luz. ¡Mis mejores cuentos... y cuentistas!

LA EXTRAÑA APARICIÓN

Llovía y llovía en Trescolinas.

Y no paraba de llover.

Parecía que aquel diluvio no terminaría nunca. Pero, como por arte de magia, de repente apareció el sol y un hermoso arcoíris puenteaba sobre el cielo. Entonces cayeron las últimas gotas de lluvia, como si alguien estuviera sacudiendo algunas nubes húmedas.

Cuca, sentada desde su mesa, observaba mordisqueando su lapicero. Por más que intentaba resolver sus operaciones matemáticas, le parecía mucho más entretenido ver el barullo del agua y del sol que había en el paisaje.

Pasado el vendaval, había abierto la ventana para oler la tierra mojada y para tratar de cazar un rayo de sol para su caja de tesoros.

–Zzzzzz...

Un zumbido ensordecedor petardeó sus oídos. Y volvió a caer en la cuenta de que estaba en su habitación haciendo los deberes. Volvió a sus números. Pero por más que intentaba hacer la tarea, con aquel ruido era imposible. Una especie de mosca gigante daba vueltas a su alrededor y empezó a hacer volar las hojas de sus deberes.

Los papeles revolotearon, empezaron a subir y se escaparon a la calle. Entonces, Cuca, enfadada y muy rabiosa, se asomó por el alféizar de su ventana. Delante de sus ojos vio irse al volador intruso que cada vez parecía más pequeño.

–¡Caramba! ¡Ahora que casi había terminado con las operaciones de mates! ¡Vaya con el bicharraco este!

Le dio mucha rabia no haber cogido una regla a tiempo para darle al moscón su merecido. Pero era un insecto escurridizo y se había escapado demasiado veloz por donde había venido. Bajó corriendo por las escaleras y, al llegar a la calle, se encontró sus hojas de los deberes humedecidas y embarradas en un charco.



–¡Brrrr! ¡Voy a tener que repetir los ejercicios de nuevo! ¡Las páginas están emborronadas!
¡Como te pille, moscardón revoltoso, te vas a enterar! –dijo Cuca fuera de sí.

Aún pudo ver a lo lejos al insecto, que ya solo parecía un punto en el cielo.

Al momento, apareció Beto, un compañero de su clase algo particular. No tenía demasiados amigos. Muchos se reían de sus gafitas ajustadas.

–¿Qué pasa, Cuca? ¿Tienes algún problema? –le interrogó Beto con una pizca de curiosidad y algo de fanfarronería.

–Mmm... Pues que estaba en mi mesa de estudio viendo llover y ha entrado un mal bicho. Ha organizado tal revuelo que ha echado a perder mis deberes.

–Ah... ¡Menudo problema más grave! Si quieres, aquí está Beto para ayudarte y solucionarlo –sentenció el muchacho con firmeza y seguridad.

–No, gracias.

A Cuca le daba no sé qué haberle contado sus penas y que ahora viniera de salvador. No quería que luego fuera cacareando por ahí lo que había

sucedido y como él, «el Gran Beto», había resuelto sus dificultades.

Beto era un tipo bajito de flequillo poblado, que recordaba a los CDs del grupo de los Beatles que tenía su padre. Esa melena original caía por encima de sus gafas redondas muy llamativas. Luego, como un desfile divertido, sobresalían sus marcados dientes irregulares. Cuca se preguntaba cómo sería de verdad aquel compañero de clase. En la escuela apenas hablaba con los demás y generalmente abría la boca tan solo para demostrar lo bien que se sabía las lecciones o para preguntar algo a los profes. Todos le llamaban «empollón» y, especialmente, era muy bueno en matemáticas.

–Bueno, pues si no necesitas nada... Hasta luego –se despidió Beto, pero andando muy despacio, como dando oportunidad a que Cuca rectificara.

Mientras se alejaba pringándose todas las zapatillas con barro, Cuca pensó que tal vez había sido un poco dura con él, pero bastante tenía ella

con repetir la tarea. En ningún caso quería líos en clase al día siguiente.

«¡Beto! ¡El pitagorín de la escuela! ¿Qué pasaría si empezaba a contar a todos que le había tenido que hacer los deberes? Eso, de ninguna manera podría consentirlo. ¿Qué dirían sus compañeros de clase? » Probablemente se burlarían de ella.

«¡Cuca ha hecho las operaciones sin pensar, las ha escrito gracias a su nuevo amiguito BeTodolose sabe! »

¡Vaya día de suerte!

Al día siguiente Cuca iba bastante nerviosa al cole. No le gustaba llegar con los deberes sin hacer. Cruzaba fuerte los dedos por si acaso eso servía para que la maestra no le preguntase. Porque a ver quién se iba a creer que una mosca de nada le había mandado al garete los ejercicios de matemáticas.

Tuvo la sensación de que hasta las clases comenzaban antes de tiempo, y se quedó de hielo cuando, Julia, la maestra, les anunció:

–Por favor, los cinco últimos de la lista entregadme los problemas de ayer para que los corriamos entre todos y podamos aprender unos de otros.

«Los cinco últimos? ¿Y por qué no los cinco primeros? »,dijo Cuca para sus adentros.

Su apellido, Torres, era el quinto empezando por el final. Aquello tenía mal arreglo.

Se acercó hacia la profesora y balbuceó:

–Yo... esto... bueno... verá, doña Julia. Yo hice ayer los cálculos con todo mi esfuerzo, pero... cuando estaba terminando, justamente entró una mosca enorme en mi habitación, revoloteó sobre la mesa como si fuera un ventilador... ¡Y al final los lanzó a la calle por el marco de la contraventana! Entonces se cayeron a un charco gigante y se embarraron por todas partes.

–¿Sí? ¡Caramba, Cuca! ¡Pero qué imaginación, muchachita! ¿Por qué no escribes para mañana una historia así de fantástica para lengua? Pero te recuerdo que ahora estamos en matemáticas.

–Le pido que me crea...–a Cuca se le empañaron los ojos, pero le daba muchísima vergüenza

ponerse a llorar delante de todos—. Le aseguro que le estoy diciendo la verdad...

—A ver, Cuca, no vamos a pasar la clase discutiendo. Para mañana, además del ejercicio de números que debías haber hecho para hoy, me tendrás que traer redactada esa historieta que me has contado con versos; no hace falta que rimen. Y mañana no hay fantasías con los deberes, si no quieres que te baje la puntuación.

Cuca vio por el rabillo del ojo cómo le miraba Beto y aún sintió más rabia en su interior. No había realizado los ejercicios de mates tan solo porque no quería que le ayudase el rarito de la clase.

«¡Vaya fastidio! ¡Qué testaruda he sido! », en su interior, Cuca parecía un volcán en plena actividad. « ¡Y todo porque no soporto ver a aquel chico, su sonrisita, sus gafitas y sus dientes... Aunque se había ofrecido a ayudarme... ¡Ese listillo me tiene hasta la coleta! »

Entonces salió de allí enojadísima y farfulló en voz baja mientras se marchaba por el pasillo:

—Bueno, está bien. ¡Con lo que me gusta inventar y contar historias! ¡Escribiré una que va a dejar todos boquiabiertos!

Así que se fue a su casa muy enfadada, pero con paso decidido. Hacía un calor asfixiante. Y al entrar en su habitación notó que la calefacción estaba echando bombas. Tenía razón su madre, que siempre se quejaba: eso es lo que tienen las casas y las comunidades de vecinos: les da por poner y quitar, por quitar y poner y al final... O te asas o te hielas.

—Esta primavera se piensan que estamos en verano. ¡Buf! ¡Qué calorazo! ¡Abriré la ventana de par en par para que entre un poco de aire puro!

Cuca se quedó unos segundos mirando el paisaje de Trescolinas. El marco de la ventana hacía que pareciese un cuadro, pero no tenía mucho tiempo para dedicarse a jugar a los museos si quería terminar toda la tarea que tenía esa tarde.

Empezó a sacar el material de la mochila del colegio.

Dudó si empezar por las mates, que era lo que más le costaba.

Su padre siempre le insistía en empezar por lo más difícil, pero estaba tan furiosa de que la profesora no le hubiese creído que agarró su lápiz recién afilado y se dispuso a escribir unos versos:

El invierno se marchó
y atrás queda
la alargada sábana de nieve
mientras vamos viendo
los extensos campos
pintados de flores.
¡La esperada primavera
por fin ha llegado!

–Zzzzz... –se escuchó de pronto.

–¿Eh? ¿Cómo? ¿De nuevo ese moscardón, zumba que te zumba? ¿Será posible? ¡Tú te lo has buscado bribón! ¡Esta vez no escaparás!

De un salto cogió un batallón de cojines de su cama y se los lanzó. El moscardón zigzagueó por entre todos ellos.

¡Qué ágil era el bicho ese!



Detrás fue la almohada, que salió disparada por la ventana tras del insecto.

En cambio, al que sí se encontró fue a Beto.

–¿Sueles jugar a tirar almohadas por la ventana? Parece divertido, pero un día puedes causar un accidente, digo yo –murmuró el chico ajustándose más aún las gafitas.

–Ese maldito bicho ha vuelto a hacer de las suyas. Estaba escribiendo la tarea en un papel que ¡ha volado! Y ahora no sé si conseguiré recordar cómo era... –se excusó Cuca.

En ese momento se dio cuenta de que tampoco Beto la iba a entender, y si se lo contaba a los demás, en la escuela se reirían de ella.

–¿No será este folio el que andas buscando? –dijo Beto, mostrándole el poema.

Entonces Cuca notó que sus mejillas se ponían calientes. Eso sí que le fastidiaba. Sabía que, por fuera, ahora sería como una cara con dos tomates en los mofletes y cuanto más lo pensaba, más le quemaba la cara. Había intentado mil veces que

no le pasara, pero en el momento más inoportuno... ¡Zas! Se ponía colorada.

Muy enfadada, de un manotazo, Cuca le arrebató el papel a Beto.

–Bueno, pues... gracias y adiós –masculló malhumorada dejando al chico con dos palmos de narices.

Al darse la vuelta susurró muy bajito:

–¡Caramba con el listillo este entrometido! ¡Siempre anda por aquí cuando tengo problemas! ¿Qué se le habrá perdido por estos alrededores?

Subió los escalones de casa de dos en dos. No le quedaba tiempo que perder. Esa mosca bribona parecía empeñada en sabotear sus deberes.

–¡Cuca! ¡Se enfría la cena! ¡Ven enseguida! –anunció a su madre.

Las operaciones de matemáticas tendrían que quedarse para otro momento.